

ALFONSO CRUJERA, POESÍA EN EL ESPACIO*

José Luis Gallardo

A Alfonso Crujera lo conozco y no lo conozco. No recuerdo haber escrito sobre él a no ser de forma ocasional, posiblemente con motivo de alguna antológica como puedan ser la famosa *Arte y Cultura* de San Mateo (1975) o *Guadalimar* en Vegueta (1976). Pero siempre con simpatía le saludo, aunque sea con un alzar de cejas o un gesto de complicidad de la mano, en los parques acontecimientos que es estas ínsulas de tarde en tarde se suceden.

Alfonso Crujera deambula, semi escondido, semi olvidado, pon entre la gente, observando sin ser observado, aunque no del todo, porque siempre hay otro que a su vez nos observa. Su arte, en un primer momento, fue calificado de *povera*, de simplicidad, de escasez de elementos. ¡Cuán equivocados estaban los que así opinaban! Para el que suscribe, sin embargo es un artista que se mantiene en el punto crucial en el que Blanchot dice que el habla permite juntarse al olvido en torno a su dispersión y permite al olvido llegar hasta el habla.

Lucidez extrema*

Crujera, como Artaud, al que admira, atormentado por la lucidez extrema, preocupado por el arte, la poesía y el pensamiento, y no por la persona en sí según la concepción idealista y romántica aún en boga, queda expuesto de forma permanente al imperativo de perturbación que conmueve las bases de la cultura del mundo contemporáneo. Como Artaud, igualmente, hace suya la palabra crueldad, entendiendo por tal, esa “cruel razón poética”, que interviene en la comunión del arte y lo sagrado, hasta el punto de conseguir, según siempre con Blanchot, una forma nueva del arte y una nueva conciencia de lo sagrado.

Esa forma nueva en Crujera renovada, como ocurre con la exposición que hoy inauguramos, es el acontecimiento del olvido. Es el olvido el que dice nuestro mentor que levanta el edificio del lenguaje del arte en su conjunto, reagrupándolo en torno a la palabra o el concepto olvidados. Es también el olvido en el cual está lo que se desvía de nosotros, por lo mismo que está ese desvío que viene del olvido. El olvido tiene en la vida y la obra de Alfonso Crujera su movimiento cíclico. Tuvo comienzo en aquellas bolsas de basura de la muestra de San Mateo, y su continuidad en la de Guadalimar con los callaos en los que había unas sábanas blancas puesta a secar en algún barranco de la Isla (genial anticipación de las actuales “extensiones” de la pintura) y también en la colaboración con el poeta y antropólogo Ángel Sánchez intitulada *Haga con ella lo que quiera*, y en otras exposiciones individuales y colectivas que aquí no vamos a citar. No obstante, Crujera, aún cuando pregone la cosa olvidada, no falta por ello al olvido, sino que más bien habla a favor del olvido. En esa cosa, en esa palabra olvidada, se capta el espacio a partir del cual Crujera habla y que en esta muestra nos remite a su sentido mudo, no disponible de inmediato, vedado y siempre latente.

Sin labrar*

Sentido que se condensa en el vocablo *Betilos* que da título a la exposición. El propio Crujera nos suministra fotocopia de fragmentos extraídos del texto de Antonin Artaud *Heliogábalo*, así como de otros procedentes de diversas fuentes, que hablan de *betilo*, palabra de múltiples sentidos pero que en primer lugar se refiere a la piedra sin

labrar o tallada de forma rudimentaria y que fue objeto de culto en el Próximo Oriente y en la cuenca mediterránea. También nos regala una lista de sinónimos, de los que entresacamos: aguja, atalaya, columna, falo, mástil, minarete, monolito, obelisco. Pero siguiendo un procedimiento muy caro al fundador del teatro de la crueldad, nuestro pintor se afana en poner en primer plano el desposeimiento de la cosa y no la que tal desposeimiento parecería inicialmente como la simple falta. Sus falos o minaretes, que es lo primero que salta a la vista del espectador de estas telas, nos muestran, no la plenitud del ser, sino la carencia, la grieta y la brecha, la erosión y el desgarramiento, la intermitencia y la privación roedora, siguiendo a Blanchot cuando habla de los versos primerizos de Artaud. De tal modo que el ser no es ya el ser sino la ausencia de ser, carencia viva que hace a la vida de estos cuadros desfalleciente, huidiza, inasible e inexpresable, salvo por el grito que tenuemente se escucha de una feroz privación.

Finalmente, Crujera bebe de la experiencia del pensamiento que, como falta y como dolor, dice Blanchot que atormenta a Artaud en su dimensión sobrecogedora. Se trata de un incruento combate entre el pensamiento como carencia y la imposibilidad de soportar el peso de esa carencia o, mejor, entre el pensamiento que se oculta en esa nada o, dicho de forma todavía más clara, entre el pensamiento como separación y la vida inseparable del pensamiento. Al respecto, Artaud decía que al detener la vida no se detendrá jamás *a la vida*. En la búsqueda incesante de un arte verdadero y de un siempre renovado lenguaje del arte, los artistas como Alfonso Crujera nunca se encuentran en lugar seguro. Lo que hacen y dicen lo dicen y hacen no por su vida misma, lo cual sería demasiado simple, sino por la conmoción de lo que les atrae fuera de la vida ordinaria. Para Crujera, en concreto y es esta ocasión, la poesía se hace poesía en el espacio y, entregado a una experiencia desmesurada y misteriosa, próxima a la de un Artaud traído por los pelos a nuestra actualidad, nuestro pintor más *povera* se mide a sí mismo con un espíritu firme, arduo y ardiente, pero que, en llamas, todavía anhela la luz.

El texto fue leído en la inauguración de la exposición en la Galería Vegueta, el 8 de mayo de 1998, por el propio autor. En la presentación de la exposición en el Club de Prensa Canaria el autor improvisó sobre el mismo.

“Publicado en LA PROVINCIA. Martes, 12 de mayo de 1998. (pág. 20).Las Palmas de Gran Canaria”.